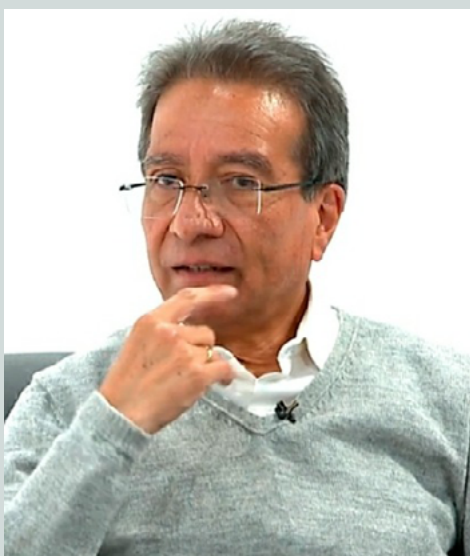


El pensamiento comunicacional occidental y sus fuentes filosóficas. Una aproximación desde la perspectiva decolonial



Erick Rolando Torrico Villanueva

Doctor en Comunicación por la Universidad Rey Juan Carlos (Madrid), máster en Sociedad de la Información y el Conocimiento (Universitat Oberta de Catalunya, Barcelona), maestro en Ciencias Sociales (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Programa Bolivia) y licenciado en Ciencias de la Comunicación (Universidad Católica Boliviana, La Paz). Docente-investigador en la Universidad Mayor de San Andrés en La Paz. Tiene publicados libros, capítulos y artículos sobre su especialidad. Investiga acerca del pensamiento comunicacional latinoamericano, las relaciones entre comunicación, política y democracia, las teorías y la investigación comunicacionales y su decolonización. En el marco de la tesis de maestría en Filosofía de la Universidad Nacional de Quilmes analiza el pensamiento teórico comunicacional clásico desde la perspectiva decolonial.

Resumen

Este trabajo examina críticamente el pensamiento comunicacional occidental desde una perspectiva decolonial. Se argumenta que dicho pensamiento, desarrollado en contextos euroestadounidenses, ha estado profundamente influido por la racionalidad moderna y sus fundamentos filosóficos —especialmente el empirismo, el racionalismo, el pragmatismo y la teoría crítica—, los cuales han limitado la comprensión de la comunicación al ámbito instrumental y tecnológicamente mediado. A través de una genealogía de las principales corrientes teóricas (empírico-pragmática, crítico-política y crítico-utópica), se argumenta cómo el conocimiento comunicacional ha estado marcado por el eurocentrismo al mismo tiempo que ha invisibilizado otras formas de saber. La perspectiva decolonial propuesta cuestiona este modelo dominante y señala que la colonialidad del saber ha impuesto una jerarquía cognitiva que desvaloriza conocimientos no occidentales. En respuesta, se plantea la necesidad de una comunicación (re)humanizadora basada en el pluralismo epistemológico, que reconozca saberes diversos y que promueva la justicia cognitiva.

Introducción

El *pensamiento comunicacional* se construye con el acumulado de ideas, conceptos, categorías, proposiciones hipotéticas y modelos comprensivos referidos a las relaciones e interrelaciones sociales que tienen lugar entre personas. Lo hace con recurso a variados sistemas de significación y también, de manera creciente, a dispositivos tecnológicos empleados para la codificación, transmisión, decodificación y amplificación de los mensajes.

Este pensamiento —traducido en un conjunto teórico poliforme que preferentemente centra su interés en la llamada comunicación masiva— se estructuró primero, en los Estados Unidos de América (EE. UU.) y, poco después, en el continente europeo; por lo cual, es tributario de las circunstancias y particularidades históricas de esas realidades expresivas de la civilización occidental,¹ así como lo es de la concepción científica moderna cultivada en esas latitudes.

Producto de ese acervo cultural e intelectual, el campo de estudios sobre los procesos de comunicación es uno de los más jóvenes en el ámbito general del conocimiento.² Al respecto, hay relativo consenso acerca de que fue en 1926, con la presentación en Chicago y la posterior publicación en Nueva York de la tesis doctoral de Harold Lasswell (1938) titulada *Propaganda Technique in the World War*, que ese campo quedó formalmente inaugurado.

¹ Esta civilización remite sus raíces a la Europa heredera de Grecia y Roma y se configura sobre la base del cristianismo, la racionalidad ilustrada, el libre mercado y el Estado de derecho.

² Se identifica aquí a esta área de conocimiento mediante el empleo de la mayúscula en su denominación (Comunicación); en cambio, la palabra comunicación, con minúscula, nombra el proceso concreto de relación o interrelación entre personas mediante el uso de signos y, en su caso, el contenido significativo que es transmitido o intercambiado en tal proceso.

A partir de entonces, una serie de pensadores dio prosecución a los planteamientos que definieron la ruta predominante de comprensión del hecho comunicacional y que, consiguientemente, marcan hasta hoy las pautas para la investigación del mismo e inclusive para su puesta en práctica en espacios típicos como el periodismo, la publicidad, el entretenimiento o la propaganda.

De esa forma, prevalece en este ámbito un entendimiento que reduce la comunicación a una condición instrumental que, además, enlaza casi ineludiblemente al uso de una o más mediaciones tecnológicas. Vista así, la comunicación resulta considerada un implemento más de la modernización de —y en— las sociedades.

Tal noción, como podrá advertirse, supone un trasfondo epistemológico que abreva en algunas fuentes de la filosofía “occidental” de los siglos XVI a XIX y de la “continental” del siglo XX, a las que tradicionalmente suele reconocerse una condición de universalidad.

Desde la perspectiva decolonial, que pone en cuestión ese presunto carácter absoluto de las manifestaciones del pensamiento occidental, se considera preciso reflexionar en torno a los constreñimientos que puede conllevar tal sustrato para el abordaje analítico de las variadas materias sociales, y de la comunicación en lo que aquí concierne. Si bien es dable hallar en Filosofía un largo trayecto relativo, en particular a la Retórica, el lenguaje y la Hermenéutica,³ el enfoque adoptado en este escrito concierne más bien a una aproximación inicial a las posiciones filosóficas existentes sobre el conocimiento y los modos de obtenerlo que han sido aplicadas en el pensamiento comunicacional.

³ Puede consultarse al respecto Aristóteles, *Retórica*, Madrid, Alianza, 1998; R. Palmer, *¿Qué es la hermenéutica?*, Madrid, Arco, 2002; M. Frápolli y E. Romero, *Una aproximación a la filosofía del lenguaje*, Madrid, Síntesis, 2007; Ch. Perelman y L. Olbrechts, *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*, Madrid, Gredos, 2017.

El horizonte de la crítica decolonial

El surgimiento de la modernidad constituyó, con el hallazgo hispano del “Nuevo Mundo” en 1492, el momento en que Europa se erigió como centro del mundo, hecho que posibilitó la conformación de un patrón de dominación ultramarino expresado en la figura del imperio, así como viabilizó la extensión de un diseño societal sustentado en rígidas divisiones jerárquicas. Éste se vio reflejado tanto en el interior del proceso colonizador como en la manera de organizar el conocimiento que el iluminismo traería consigo algo más tarde. A propósito de estas dinámicas, Edgardo Lander señala lo siguiente:

La conquista ibérica del continente americano es el momento fundante de los dos procesos que articuladamente conforman la historia posterior: la *modernidad* y la *organización colonial del mundo*. Con el inicio del colonialismo en América comienza no sólo la organización colonial del mundo sino —simultáneamente— la constitución colonial de los saberes, de los lenguajes, de la memoria y del imaginario. Se da inicio al largo proceso que culminará en los siglos XVIII y XIX en el cual, por primera vez, se organiza la totalidad del espacio y del tiempo —todas las culturas, pueblos y territorios del planeta, presentes y pasados— en una gran narrativa universal.⁴

La resultante incorporación forzada de pueblos y territorios al control europeo implicó, entonces, una dimensión de imposición cultural que terminó por ocupar las subjetividades individuales, las instituciones y los imaginarios sociales. Aníbal Quijano definió esto como “colonialidad”, fenómeno inherente a la modernidad.⁵ A la vez, Walter

Mignolo señaló su contracara,⁶ que aún pervive en los diferentes planos de la vida social —y no solamente en el hemisferio sur— a pesar de que el “colonialismo” prácticamente llegó a su fin.⁷

Con esa subalternización cultural de los colonizados se evidenció que “las relaciones coloniales de poder tienen una *dimensión cognitiva*, esto es, que se ven reflejadas en la producción, circulación y asimilación de conocimientos”.⁸ Es en el seno de ello que se incubó la colonialidad del saber, el “colonialismo epistémico de la ciencia occidental”⁹ (de cuna eurocéntrica que estableció entre sus fundamentos la superioridad necesaria de los conocimientos que produce),¹⁰ al igual que la preeminencia y la validez de los procedimientos investigativos que utiliza. Esa racionalidad concede a la ciencia moderna —conforme posiciones de Boaventura de Souza Santos— “el monopolio de la distinción universal entre lo verdadero y lo falso”¹¹ y “niega el carácter racional a todas las formas de conocimiento que no se pautaran por sus principios epistemológicos y por sus reglas metodológicas”.¹² Esto

⁶ Véase W. Mignolo, *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Madrid, Akal, 2003.

⁷ El concepto “colonialismo” refiere a la presencia directa de una autoridad político-militar foránea que gobierna un territorio, una economía y una población que tiene bajo su sujeción.

⁸ S. Castro-Gómez, *La Hybris del Punto Cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*, Bogotá, Javeriana, 2010, p. 16.

⁹ S. Castro-Gómez & R. Grosfoguel, *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Bogotá, Siglo del Hombre, 2007, p. 88.

¹⁰ Lander, *Op. Cit.*, p. 12.

¹¹ B. de Sousa Santos, *Para descolonizar Occidente. Más allá del pensamiento abismal*, Buenos Aires, CLACSO, 2010, p. 13.

¹² B. de Sousa Santos, *Una epistemología del sur. La reinención del conocimiento y la emancipación social*, México, Siglo XXI, 2015, p. 21.

⁴ E. Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, 2000, p. 16.

⁵ A. Quijano, Colonialidad y modernidad/racionalidad, en *Perú Indígena*, Vol. 13, n° 29, 1992, pp. 11-20.

significa que, con esos límites, no resulta admisible otro modelo epistémico que no sea el de la ciencia moderna.¹³

En consecuencia, en esta lógica colonializada, “conocimiento” siempre será igual a “ciencia” y ésta solo será tal si deviene de la conjugación aplicable de racionalidad segmentaria con observación, medición y verificación empírica. En ese marco, la generación de conocimiento aceptable y aceptado conlleva instituir verdades sobre lo real conocido que consisten en asertos, leyes y teorías que, con base en la experiencia, se forjan y reproducen más allá de cualquier consideración sobre las particularidades de tiempo, espacio, subjetividad y sociedad que les hayan servido de contexto de origen. El lugar histórico de enunciación del saber no es tomado en cuenta porque en esta visión —paradójicamente eurocentrada y, por ende, situada—, se considera que quien observa la realidad científicamente se sitúa en un punto que, en sí, no puede ser objeto de observación, el “punto cero”.¹⁴ Así, desde el punto de vida decolonial,

Los conocimientos subalternos fueron excluidos, omitidos, silenciados e ignorados. Desde la Ilustración, en el siglo XVIII, este silenciamiento fue legitimado sobre la idea de que tales conocimientos representaban una etapa mítica, inferior, premoderna y precientífica del conocimiento humano. Solamente el conocimiento generado por la elite científica y filosófica de Europa era tenido por conocimiento “verdadero”, ya que era capaz de hacer abstracción de sus condicionamientos espacio-temporales para ubicarse en una plataforma neutra de observación. El “punto cero” fue privilegiado de este modo como el ideal último del conocimiento científico.¹⁵

La negación e invisibilización de otros conocimientos representa un acto de “violencia cognitiva” que anula otros ángulos de mira sobre la realidad cognoscible y constriñe los acercamientos posibles a ella.¹⁶ El pensamiento comunicacional es una muestra de ese accionar restrictivo, pues instauró, en los hechos, una suerte de conceptualización etnocéntrica canónica del proceso de comunicación y afianzó la negación comunicacional de la otredad colonialmente subordinada.¹⁷ La respuesta en pro de lograr un cierto equilibrio en materia de justicia cognitiva viene a ser la que propone la decolonización con su demanda de pluralismo epistemológico, ruta posible —de acuerdo con Erick Torrico— para la reconstitución de la “comunicación (re)humanizadora”.¹⁸

La Comunicación, espacio de conocimiento moderno

En tanto espacio de conocimiento científico-social compuesto por teorías diversas, la Comunicación es un territorio intelectual inscrito en los parámetros epistemológicos generales de la ciencia moderna.

No obstante, a diferencia de lo que sucede en otras ramas del saber, las teorías referidas a la comunicación no son la resultante de una articulación de leyes,¹⁹ sino más bien de una asociación de conceptos e hipótesis que hacen posible la “apropiación racional de la realidad” (en este caso, de las maneras en que se estructura y desarro-

¹³ Este modelo consiste en un conjunto de representaciones conceptuales situadas histórica y socioculturalmente que orientan el proceso del conocimiento.

¹⁴ Castro-Gómez, 2010, *Op. Cit.*, p. 18.

¹⁵ Castro-Gómez & Grosfoguel, 2007, *Op. Cit.*, p. 20.

¹⁶ L. Claros, *Colonialidad y violencias cognitivas. Ensayos político-epistemológicos*, La Paz, Muela del Diablo, 2011.

¹⁷ Cfr. La decolonialidad ante la negación occidental de la comunicación, en Castro y otros (2023, p. 67 a 90).

¹⁸ E. Torrico, *Comunicación (re)humanizadora: Ruta decolonial*, Quito, CIESPAL, 2023.

¹⁹ Recuérdese a Ulises Moulines: “En el discurso científico, un tipo especialmente importante de unidades proposicionales son las *leyes*, que se pueden articular a su vez entre ellas conformando unidades más amplias, las *teorías*”. *Fundamentos de Filosofía de la Ciencia*, Barcelona, Ariel, 1999, p. 125.

lla un proceso comunicacional).²⁰ Esto, en ocasiones, es expresado en representaciones que dan cuenta de algunas regularidades —como la figura emisor-medio-mensaje-receptor— y que son traducidas en gráficas que las visualizan.

En ese marco, como se dijo líneas arriba, la investigación fundadora de los estudios académicos acerca de procesos comunicacionales fue la desarrollada por Harold Lasswell, trabajo que sentó las bases para la caracterización del área en su orientación clásica, a saber:

- a) el énfasis en la relación unilateral, de emisor a receptor, antes que en la interrelación;
- b) la presencia privilegiada en el proceso de un emisor individual o institucional y de muchos receptores;
- c) el recurso necesario a mediaciones tecnológicas que canalicen los mensajes hacia los destinatarios;
- d) la acción emisora motivada por la búsqueda intencional de consecuencias provocadas (efectos) en el receptor, y
- e) la consiguiente utilización de la comunicación para ejercitar un poder de control.²¹

En función de ese perfil académico, cabe afirmar con Felipe López que:

[...] al tratar de ciencia de la comunicación en realidad se habla de un conjunto de disciplinas científicas y técnicoprofesionales (*sic*) que convergen en torno al fenómeno de los medios masivos, el cual habitualmente reconocemos como objeto de la comunicación en virtud de un convencionalismo académico tácito.²²

²⁰ H. Zemelman, *Uso crítico de la teoría. En torno a las funciones analíticas de la totalidad 1*, México, El Colegio de México, 1987, p. 119.

²¹ Cfr. H. Lasswell, *Propaganda Technique in the World War*, New York, Peter Smith, 1938; y L. Aguiar y A. Barsotti, *Clássicos da comunicação. Os teóricos*, Rio de Janeiro, Vozes, 2017.

²² F. López, *Elementos para una crítica de la ciencia de la Comunicación*, México, Trillas, 1997, p. 27.

Con esos elementos, ante todo entre los decenios de 1940 y 1960, se constituyó la llamada “investigación sobre comunicación de masas” (*mass communication research*), que dio lugar a la paulatina formulación de una multiplicidad de teorías y de diferentes modelos descriptivos sobre los procesos de comunicación mediados tecnológicamente y sus posibilidades de mover a los receptores en dirección a los intereses de los emisores,²³ a la vez que privilegió el uso de procedimientos cuantitativos y experimentales en la indagación.

Por esos mismos años, la Escuela de Frankfurt aportó el análisis cualitativo crítico de la “industria cultural”²⁴ al que después se sumó la crítica marxista y neomarxista de la ideología y de sus medios de producción y reproducción, así como la de sus estructuras de control. Las posteriores teorías del imperialismo cultural, de la dependencia y la economía política de la información vincularon, en efecto, los medios y las comunicaciones con los intereses del capital y postularon la “lucha ideológica”.²⁵

En todos estos casos, los cuestionamientos a la alienación, la dominación y la explotación presuponian la asunción de que los procesos de comunicación masiva generan algún tipo de consecuencia o efecto y condujeron a planteos políticamente contrapuestos a los de inspiración lasswelliana, orientándose hacia la búsqueda de la emancipación individual o la liberación y la revolución social.

²³ Cfr. E. Saperas, *Los efectos cognitivos de la comunicación de masas*, Barcelona, Ariel, 1987; M. Wolf, *Los efectos sociales de los media*, Barcelona, Paidós, 1994.

²⁴ Cfr. M. Horkheimer & Th. Adorno, *Dialéctica del iluminismo*, Buenos Aires, Terramar, 2013.

²⁵ Cfr. B. Muñoz, *Cultura y comunicación. Introducción a las teorías contemporáneas*, Barcelona, Barcanova, 1989; Cfr. E. Otero, *Teorías de la comunicación*, Santiago de Chile, Universitaria, 1998.

Mientras tanto, en el frente de carácter conservador se desplegó otra línea de interpretación con el determinismo tecnológico, que desde la década de 1990 cobró realce con las promesas redentoras y democratizadoras de la "sociedad de la información". Esa postura determinista asume que la integración de recursos tecnológicos en los procesos informativo-culturales tiene la capacidad de moldear no solo los comportamientos individuales, sino los patrones culturales de la sociedad. Uno de sus precursores, Marshall McLuhan, llegó incluso a afirmar que la imprenta configuró "una nueva especie de hombre".²⁶

Por último, los *Cultural Studies*, desde Gran Bretaña, vincularon componentes marxistas de clase con análisis sobre la recepción de mensajes masivos, lo cual sirvió para abrir las puertas a la despolitización, la fragmentación y la hibridación temática de las investigaciones.²⁷ Ya Mattelart se había referido al hecho de cambiar el foco de los "efectos" y la "alienación" por el de la potencia de la recepción resemantizadora de los contenidos comunicados.²⁸

Como es posible apreciar, el pensamiento sobre la comunicación y sus consiguientes teorizaciones principales se han desenvuelto fundamentalmente en el curso de dos grandes corrientes que, desde sus bases filosóficas, pueden ser identificadas como la empírico-pragmática y la crítico-política.²⁹ En relación con ello, López afirma:

²⁶ M. McLuhan, *La galaxia Gutenberg, Génesis del "homo typographicus"*, Madrid, Aguilar, 1972, p. 243.

²⁷ Véase al respecto la crítica a las "teorías débiles" hecha por R. Follari, *Teorías débiles (Para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales)*, Santa Fe, Homo Sapiens, 2003.

²⁸ *Op. Cit.*, Mattelart, 1997.

²⁹ En 1941, en cierta similitud con la cuestión "positivismo" versus "teoría crítica" planteada por Max Horkheimer cuatro años antes para las ciencias sociales, Paul Lazarsfeld clasificó dos tipos de investigación comunicacional basadas más en las finalidades y usos que en los fundamentos: administrativa (la estadounidense) y crítica (la europea). (Cfr. Peters & Simonson, 2004, p. 166 y ss.). Esto difiere de la identificación de características que este texto expone en un posterior acápite.

Las premisas teóricas del proceso, sus elementos invariables y la cobertura genérica del mismo han estado ligados, en los diferentes momentos de su estructuración, a diversas propuestas de "legalidad" como modelo lógico formal, casi siempre desde los preceptos del racionalismo empírico.³⁰

Ese conglomerado de desarrollos intelectuales construido en el interior de las fronteras de la ciencia moderna, y del espacio societal y civilizatorio del Occidente euro-estadounidense, conforma lo que Bernard Miège denomina "pensamiento comunicacional", el cual fue erigido como fundamento y referencia imprescindible para la mayoría de los estudios del campo hasta la actualidad.³¹

En ese sentido, este pensamiento occidental sustenta la teorización clásica (*pensamiento teórico*) sobre la comunicación y ha dado pruebas de tener una capacidad de irradiación e influencia extendida al superar los límites históricos de su propia producción y perdurar en el tiempo.

Los estudios comunicacionales están, así, atravesados por la impronta moderna y modernizadora, lo cual los hace parte del esquema occidente-céntrico de colonialidad del saber que, como se apuntó previamente, conlleva la subvaloración, la invalidación o la negación de asuntos y conocimientos que no se ajustan a los parámetros fijados por la ciencia de Occidente.³² Por eso mismo, este pensamiento especializado presenta un sesgo observacional que no permite formular ni abordar problemas que desborden los confines de ese campo de mira predeterminado.

³⁰ *Op. Cit.*, 1997, p. 30.

³¹ B. Miège, *El pensamiento comunicacional*, México, Universidad Iberoamericana, 1996.

³² Cfr. E. Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, 2000. Cfr. E. Restrepo y A. Rojas, *Inflexión decolonial: fuentes, conceptos y cuestionamientos*, Popayán, Universidad del Cauca, 2010.

El pensamiento comunicacional occidental

Si bien la *teorización* puede ser comprendida como todo proceso de producción de teoría, acá se la entiende también como el resultado del trabajo intelectual de variados autores que dio lugar a un acervo diverso de proposiciones estructuradas en torno a la comunicación: teorías elaboradas desde el modelo epistémico moderno-occidental que echaron los cimientos tanto como demarcaron los alcances y límites del espacio comunicacional. En este sentido, fueron erigidas como definiciones, descripciones, explicaciones e interpretaciones clásicas de esta parcela de conocimiento.

La antes citada *teorización clásica* es el cúmulo de teorías principales que nutren el modo prevaleciente de concebir el hecho comunicacional. Al respecto, una caracterización de la índole de estas teorías es la que ofrece el tratadista británico Dennis McQuail:

[...] el conocimiento voluntariamente reflexivo del observador profesional de las ciencias sociales que trata de generalizar, a partir de los datos y de la observación, acerca de la naturaleza y las consecuencias de los medios de comunicación de masas.³³

El concepto de teoría, por supuesto, recibe en la ciencia diversas acepciones, desde la *Weltanschauung* o visión de mundo hasta la de un "sistema de interpretación de datos";³⁴ pero aquí se lo asume en vínculo con cada una de las estructuras proposicionales tradicionales surgidas en Occidente relativas a la comunicación y que, consideradas como un todo relacionado, constituyen los basamentos del campo o su pensamiento teórico.

³³ D. McQuail, *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*, Barcelona, Paidós, 1985, p. 19.

³⁴ Cfr. J. Trovero, ¿Qué es teorizar? Reflexiones en torno a la especificidad del trabajo teórico en Sociología, en *I Congreso Latinoamericano de Teoría Social*, Buenos Aires, 2015; Cfr. A. Gómez, *Filosofía y metodología de las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 2005.

Las ya mencionadas corrientes teóricas comunicacionales centrales (empírico-pragmática y crítico-política) tienen en común la racionalidad moderna que les da sentido, al igual que a las ciencias sociales desarrolladas en general como un producto del "sistema-mundo moderno",³⁵ con evidentes marcas de eurocentrismo en su nacimiento y composición: creencia en la universalidad de las verdades y métodos científicos, creencia en la superioridad civilizacional del Viejo Mundo, creencia en el rezago de las civilizaciones no occidentales y creencia en la inevitabilidad del progreso.³⁶

La vigencia de ese "orden establecido" que impone, naturaliza y legitima un "modo correcto" de conocer hace patente la colonialidad del saber. Sobre este punto, De Sousa Santos y Meneses remarcan que:

El colonialismo, además de todas las dominaciones por las que es conocido, también ha sido una dominación epistemológica, una relación extremadamente desigual entre saberes que ha conducido a la supresión de muchas formas de saber propias de los pueblos y naciones colonizados, relegando muchos otros a un espacio de subalteridad.³⁷

³⁵ La noción "sistema-mundo moderno" tuvo sus orígenes en el siglo XVI, entonces localizado en sólo una parte del globo, "principalmente en partes de Europa y de América, aunque con el tiempo se expandió hasta abarcar el mundo entero –conforme afirmación de Wallerstein–. En efecto, "el sistema-mundo moderno es y ha sido siempre una *economía-mundo* [...] es y ha sido siempre una *economía-mundo capitalista*". Cfr. I. Wallerstein, *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*, México, Siglo XXI, 2006. La perspectiva decolonial, por su parte, habla de un "sistema-mundo moderno/colonial", pues considera que modernidad y colonialidad son las dos caras de una misma moneda.

³⁶ Cfr. Wallerstein, I. El eurocentrismo y sus avatares: los dilemas de las ciencias sociales, en Coloquio "El futuro de la sociología en el este de Asia", Seúl, 1996.

³⁷ B. de Sousa y M. Meneses, *Epistemologías del Sur (Perspectivas)*, Madrid, Akal, 2014, p. 5.

Este “monopolio del criterio de verdad” complementa las otras formas de la colonialidad (del poder, del ser y del hacer) que, al final, se yerguen sobre las subjetividades; lo cual significa que concretan la “colonización del imaginario de los dominados”.³⁸ El pensamiento comunicacional occidental, en tal contexto, trasunta ese direccionamiento epistemológico en las teorías que lo expresan.

De acuerdo con el modelo epistémico de la modernidad, la Comunicación “occidental” identifica a la comunicación tecnologizada como su objeto, la concibe como un instrumento útil para el cumplimiento de los objetivos de quienes controlan la emisión y la observa —sin admitirlo— desde el lugar del poder político y/o empresarial.

Corrientes teóricas fundamentales y sus límites

Nacida la Comunicación como un *tema de interés* —en particular para la política—, la Ingeniería de las telecomunicaciones, la Psicología, la Psicología Social, la Cibernética, la Antropología, la Lingüística, la Sociología y la Filosofía fueron adquiriendo los procesos comunicacionales en las sociedades modernas; y la centralidad social alcanzada paralelamente por las tecnologías que los posibilitan hicieron que este campo se fuera perfilando como un *territorio de saber especializado* que, a la fecha, recibe diferentes denominaciones en el mundo académico internacional: Ciencia de la Comunicación, Ciencias de la Comunicación, Comunicación Social, *Media Studies*, *Media Analysis* o Comunicología.

En conexión con las peculiaridades históricas y sociales de las zonas geoculturales donde emergió (EE. UU., Europa Occidental y América Latina), el pensamiento teórico comunicacional es agrupable en las dos corrientes primordiales antes citadas más una derivada: la empírico-pragmática, la crítico-política y la crítico-utópica, res-

pectivamente.³⁹ Una está interesada en producir conocimiento para aplicarlo, la otra en alentar la denuncia social y la tercera en impulsar una sociedad con derechos.

Estas vertientes, en términos generales, como sucede con y en las restantes ciencias sociales, no sólo son resultado del proyecto civilizatorio de la modernidad occidental, sino que tienen inscritos ahí mismo sus supuestos, alcances y límites epistemológicos y de cientificidad. De esa manera, comparten un horizonte y unos principios de inteligibilidad y de construcción histórica, los cuales, en el fondo, condicionan la concepción prevaleciente de la comunicación como proceso, así como también su estudio.⁴⁰ Esta concepción es la que Luis Ramiro Beltrán resume de modo cabal y la califica como “esquema perdurable”, que define tradicionalmente así a la comunicación:

[...] el acto o proceso de transmisión de mensajes de fuentes a receptores a través del intercambio de símbolos (pertenecientes a códigos compartidos por ellos) por medio de canales transportadores de señales. En este paradigma clásico, el propósito principal de la comunicación es el intento del comunicador de afectar en una dirección dada el comportamiento del receptor; es decir, producir ciertos efectos sobre la manera de sentir, pensar y actuar del que recibe la comunicación o, en una palabra, persuasión. La retroalimentación se considera instrumental para asegurar el logro de los objetivos del comunicador.⁴¹

³⁹ Las dos primeras corrientes constituyen la base concreta de la teorización comunicacional clásica, mientras que la tercera, aunque surgió en diálogo crítico con ellas, no está considerada en el nivel canónico que éstas poseen en los hechos.

⁴⁰ Cfr. E. Torrico, *La Comunicación pensada desde América Latina (1960-2009)*, Salamanca, Comunicación Social, 2016a; Cfr. E. Torrico, *Hacia la comunicación decolonial*, Sucre, Universidad Andina Simón Bolívar, 2016b.

⁴¹ L. R. Beltrán, Adiós a Aristóteles: la comunicación “horizontal”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias de la Comunicación*, Año IV, n° 7, pp. 12-36, 2007, p. 18.

³⁸ Quijano, 1992, *Op. Cit.*, p. 12.

La crítica intra-moderna de esa visión —expresada ante todo, y casi secuencialmente, en las adaptaciones del materialismo histórico, la teoría crítica, la economía política, la teoría de la dependencia y los estudios culturales—, si bien en su aplicación al análisis del concepto y la realidad comunicacionales representó diferentes momentos de toma de conciencia frente a los constreñimientos de la racionalidad occidental y sus manifestaciones, no llegó a examinar los fundamentos de la ciencia moderna ni su eurocentrismo de origen.⁴² Aparte, tampoco hizo cuestión de la estructura de legitimación de que esa ciencia fue dotada ni de las consecuencias que todo ello provoca en el conocimiento de realidades distintas a la europea o a la de su extensión norteamericana.

De ahí que la perspectiva decolonial, como crítica ejercida desde la frontera externa de la modernidad y que asume la crítica de la misma crítica intra-moderna desde la colocación de la subalternidad, adquiere pertinencia para revisar los presupuestos y las condiciones de producción y validación del conocimiento, operación igualmente aplicable a los estudios comunicacionales.⁴³

Concepciones filosóficas subyacentes a las corrientes de la Comunicación “occidental”

En las obras de los principales tratadistas de la Comunicación “occidental”⁴⁴ no se encuentran definiciones de teoría ni criterios precisos para las clasificaciones de los cuerpos teóricos que presentan o compendian; tampoco se tienen antecedentes ni explicaciones sobre los funda-

mentos filosóficos que sustentan sus productos, los cuales obviamente no aparecen explicitados. No obstante, lo que sí resulta posible inferir en esos textos es la naturaleza ontológica que atribuyen a la comunicación —que es la tecnológica e instrumental antes señalada— y el modelo epistémico a que acuden, que es el de la ciencia moderna.

A propósito del reconocimiento de esos dos factores se puede hallar una vía de acceso a las bases filosóficas que soportan el pensamiento comunicacional prevaleciente y, por ende, su expresión teórica clásica. De modo general, por inferencia, es posible indicar que esos sustentos son el racionalismo, el empirismo, el pragmatismo y la teoría crítica, que configuran —si se sigue a Luis Villoro— la arquitectura polar del pensamiento moderno.⁴⁵

En principio, el recurso a la razón para dar cuenta de un orden en los fenómenos que se estudia, describe y explica, es el marco global para todas las teorías referidas a la comunicación, pertenezcan a una u otra de las corrientes troncales a que se aludió. A ello, en el caso de las elaboraciones pertenecientes a la vertiente empírico-pragmática, se suma la convicción de que “todo el conocimiento válido ha de tener su origen en, o ser puesto a prueba por, la experiencia mundana”,⁴⁶ la cual fue edificada, a su modo, por los tres pilares del empirismo británico —John Locke, George Berkeley y David Hume— y estableció que la razón debe estar limitada por las impresiones de la experiencia en la mente.

Para Locke, las ideas no son innatas, nacen de la sensación o de la reflexión, que son las dos únicas fuentes de conocimiento. La primera surge de la percepción de objetos externos que es transmitida por los sentidos; la segunda es producto de la experiencia, fundamento

⁴² *Op. Cit.*, 1996.

⁴³ E. Restrepo y A. Rojas, *Inflexión decolonial: fuentes, conceptos y cuestionamientos*, Popayán, Universidad del Cauca, 2010.

⁴⁴ M. de Fleur (1966), *Teorías de la comunicación masiva*, Buenos Aires, Paidós, 1976. Wright (1978), McQuail (1983), Berlo (1984), Wolf (1985), Muñoz (1989), Miège (1995), Lazar (1996), Mattelart & Mattelart (1997), Alsina (2001), Maigret (2003) y Martín Serrano (2007). Una revisión general al respecto puede hallarse en Torrico (2016a, pp. 123-144).

⁴⁵ L. Villoro, *El pensamiento moderno. Filosofía del Renacimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.

⁴⁶ Grayling, *Op. Cit.*, 2021, p. 220

de todo saber. La experiencia es el origen y el límite del conocimiento, éste consiste en el acuerdo o desacuerdo que puede darse entre las ideas y se hace universal cuando se funda en ideas abstractas.

Berkeley, que coincidió con Locke en que el objeto del conocimiento son las ideas, discordó con él en cuanto a la existencia de objetos extra-mentales, ya que consideraba que las cosas son combinaciones de ideas. En otros términos, decía que las ideas organizan la percepción de los sentidos y con ello definen la existencia de los objetos; en consecuencia, según él, solo existe y puede ser conocido lo que es percibido por alguna mente: "las diversas sensaciones o ideas impresas en los sentidos, de cualquier modo que se mezclen o combinen entre sí [...], no pueden existir más que en una mente que las perciba".⁴⁷

Por su parte, Hume sostiene que la base del conocimiento es la experiencia y la observación y que todas las percepciones de la mente pueden agruparse en dos clases: las ideas y las impresiones. Remarca que las ideas son copia de las impresiones y percepciones vivaces. La significación de estas impresiones es tan grande para él que afirma que "es imposible *pensar* en algo que previamente no hayamos *sentido*, sea mediante nuestros sentidos externos o internos",⁴⁸ razón por la cual, la experiencia marca el límite del conocimiento.

Estos planteamientos empiristas sobre la génesis del conocimiento y sus alcances están contenidos en la manera en que la corriente empírico-pragmática del pensamiento comunicacional occidental concibe y afronta la investigación. Pero en ella están igualmente comprendidos otros elementos epistemológicos provenientes del pragmatismo de William James y Charles Peirce.

⁴⁷ *Ídem.*

⁴⁸ *Ídem.*

En James, la estrecha relación metodológica con los hechos, la valoración central de la experiencia como fuente para poder conocer y su posición respecto a que "una idea es 'verdadera' mientras resulte de provecho para nuestras vidas"⁴⁹ son ejes que se ven reflejados en la citada vertiente de la Comunicación "occidental", a los que se suma la consideración de las teorías como instrumentos para actuar. En Peirce, son factores centrales la adhesión a los procedimientos experimentales y la creencia en que "sólo puede ser tal en virtud de su referencia a un contexto de acción posible.

En lo que concierne a la corriente crítico-política, Max Horkheimer advierte sobre la ausencia de la verdadera función social de la ciencia en la concepción tradicional:

La totalidad del mundo perceptible, tal como existe para el miembro de la sociedad burguesa y tal como se interpreta en la concepción tradicional del mundo que se encuentra en interacción con aquélla, se presenta al sujeto como un conjunto de facticidades; el mundo está ahí, y debe ser aprehendido.⁵⁰

A la crítica de esa aceptación positiva del mundo como dato, Theodor Adorno añade otras a la aplicabilidad práctica y a la afinidad con toda administración que, según su punto de vista, distinguen a la sociología empírica, rasgos que complementa con la denuncia de la fetichización de su método y de los objetos a los cuales éste es aplicado.

Herbert Marcuse presenta la teoría social como teoría histórica que valora la vida humana como digna de vivirse y que puede aportar en el análisis de alternativas históricas para mejorar esa condición humana,⁵¹ respecto a

⁴⁹ W. James, Pragmatismo. *Un nuevo nombre para viejas formas de pensar*, Madrid, Alianza, 2000, p. 98.

⁵⁰ M. Horkheimer, *Teoría tradicional y teoría crítica*, Buenos Aires, Paidós, 2019, p. 32.

⁵¹ H. Marcuse, *El hombre unidimensional*, Barcelona, Seix Barral, 1971, pp. 20-21.

lo cual Horkheimer expresa que “la profesión del teórico crítico es la lucha, a la que pertenece su pensamiento, y no el pensamiento como algo independiente o que se pueda separar de la lucha”⁵²

Así, la crítica al orden de la dominación social y a sus mecanismos de reproducción —como el de la industria cultural y el de la investigación sociológica empírica— implica un llamado al compromiso intelectual con la denuncia del pensamiento dominante y la edificación futura de una “comunidad de hombres libres”,⁵³ aspectos todos que alimentan la posición crítico-política en el estudio y teorización de la comunicación.

Tácitamente, las ideas filosóficas reseñadas inspiran y orientan la labor analítica de las corrientes teóricas comunicacionales predominantes.

Límites del pensamiento comunicacional de Occidente

En virtud de lo señalado, las dos principales corrientes de la Comunicación “occidental”, además de compartir un objeto de estudio común —la comunicación masiva mediada por tecnologías—, se inscriben dentro de un mismo modelo epistémico gestado en la modernidad. Ambas se sitúan en los márgenes del proyecto societal y cognitivo propio de este diseño civilizatorio, constituyéndose, desde esa perspectiva, en manifestaciones de la colonialidad del saber.

En términos epistemológicos, la diferencia central entre ambas corrientes radica en que, para la vertiente empírico-pragmática, los hechos y las impresiones que suscitan se equiparan a la realidad misma; mientras que la perspectiva crítico-política —una forma de crítica intra-moderna— reconoce que tanto los hechos como sus percepciones están socialmente condicionados y, por ende, no constituyen una verdad directa. Sin em-

bargo, ninguna de las dos indaga en la matriz de poder que configura las posibilidades y formas del conocer con las que operan, ni advierte el sesgo teórico que, en ambos casos, conduce a una instrumentalización de la comunicación.



Maestría en Filosofía

<https://bit.ly/MaestriaFilosofia>

⁵² *Ibidem*, p. 51.

⁵³ Horkheimer, 2019, *Op. Cit.*, p. 52.

